

Por lo que hace á la disciplina, es tan indispensable en el ejército, que sin ella el conjunto de soldados no es más que una reunión de hombres armados que amenaza no sólo á la sociedad, sino á los jefes que pretenden dominarla. Es un torrente que se desborda sin que haya ningún dique que lo encauce y encamine á su objeto, destruyendo lo que encuentra al paso; ni respeta el ageno hogar, ni la propiedad, ni la honra. Una fuerza sin disciplina, no pertenece á lo que verdaderamente se llama ejército.

Cualquier oficial que se ponga al frente de una tropa, debe nutrirla en los sanos principios de la moralidad, instruirla y hacerla observar la más exacta subordinación. La subordinación es la base, como antes dije; sin ella no hay soldados, ni hay jefes; todo se confunde en el horrible embolismo de un desorden peligroso: no se respetan las categorías ni las leyes, y se da rienda suelta á los más groseros instintos de una aglomeración de hombres que se fermenta en sus pasiones.

El oficial á quien falte energía para imponer la obediencia, debe separarse inmediatamente del ejército; no puede cumplir con su misión y es un crimen que permanezca en un puesto donde tanto daño causa su debilidad.

Siempre que se perdona, cuando se trata de satisfacer la vindicta militar, queda burlada la justicia; porque el perdón en asuntos trascendentales sobre delitos que dañan á una institución tan delicada como la del ejército, implica complicidad.

El que perdona es cómplice del delincuente, sentando el principio de la impunidad que alienta

á los criminales, trayendo la desmoralización en las masas.

La justicia ha de ser uniforme, sostenida y consecuente en todos los actos; el que representa á la justicia falta á su obligación cuando no la deja satisfecha, y debe ser castigado por su lenidad que origina la indisciplina, con la que se hiere mortalmente la institución militar.

El superior en todo caso debe reflexionar antes de dictar una orden, para mandar precisamente aquello que puede y debe hacerse. Muchos hay que engolfados en las prerrogativas del mando, hacen consistir su energía en disponer que se lleven á efecto cosas que se hallan fuera del alcance de quien debe ejecutarlas, y esto es un absurdo que la razón rechaza; al fin no se cumple con lo mandado, porque no se encuentra en la esfera de lo posible, y en tal circunstancia, ó se castiga con marcada injusticia al supuesto infractor, ó hay que conformarse con la falta de cumplimiento; en el primer caso se obra sin equidad irritando naturalmente el ánimo de los subalternos, y en el segundo se les mal acostumbra á no atender las disposiciones superiores. De todos modos, mandar así es exponerse á no ser obedecido, evidenciando ridículamente la autoridad que se representa.

Es preciso, pues, lo repito, ser sostenido é igual en el mando, y para conseguirlo, ordenar siempre lo que puede y debe hacerse, sin dejar nunca sin castigo una falta de subordinación.

El que es mandado, por otra parte, cualquiera que sea su categoría, debe tener presente que no obedece el capricho de un hombre, sino el espíritu

de las leyes, y que sirve á la nación al ejecutar las órdenes del que manda; por eso hay dignidad en la subordinación militar: ella es el cumplimiento del honroso deber para con la patria á quien debe servir con abnegación.

Así pues, como es preciso ser obedecido, se debe rendir respeto al superior; ésta es la escala ascendente de la poderosa fuerza moral de una tropa. Por eso la subordinación, siendo una obligación, llega á elevarse á la categoría de virtud en el soldado, puesto que debido á ella se han llevado á efecto mil heróicos hechos. El poder inmenso de la disciplina comienza en la obediencia, y todo militar mandando ú obedeciendo debe templar su espíritu en la subordinación, ejercitándola hasta en los asuntos más insignificantes del servicio, para que llegue á ser una costumbre invencible, un instinto formado por esa costumbre. Sólo así se explica que á la voz del jefe avance, como impulsada por el galvanismo, una porción de hombres en medio de la destrucción y de la muerte, y triunfe de todos los peligros y todas las fatigas.

Las tropas disciplinadas son las que siempre han llevado á cabo los más grandes hechos, por pequeñas que hayan sido en número. Son un mecanismo que con perfecta armonía obedece el impulso que se le da, secundando con inteligencia y actividad el pensamiento del que manda: ya firmes como las rocas que resisten el embate de las olas embravecidas, contienen el arranque de sus enemigos, ya rápidas como un meteoro, los envuelven y los destruyen. En la defensa, son un dique en que se estrella el ímpetu más poderoso; y en la acción, son el rayo que hiere antes que el relámpago se

mire. La tropa disciplinada será en la guerra lo que su jefe quiera que sea, porque depende enteramente de su voluntad, así como una banda de fuerzas inmorales son una positiva calamidad para la causa á que se unen, un peligro siempre creciente á cuanto les rodea, una cantidad negativa en el problema de la victoria.

Napoleón I disciplinó á su ejército y conquistó medio mundo.

Con treinta mil soldados empezó la campaña de Italia en 1796, llegó hasta Austria bajo los arcos triunfales que la gloria de sus batallas levantara; derrotó á ejércitos muy numerosos en esa época de pocos meses, hizo más de ciento cincuenta mil prisioneros, y dictó, por último, la paz en Campo Formio. Siendo éste el primer período de los gloriosos hechos de ese ejército francés, cuyo valor consistía en la disciplina que le inspiró el gran capitán.

Alejandro el Grande, instruido por los hombres más sabios de su tiempo, comprendió que la más poderosa palanca de acción en las tropas, es la disciplina; y desde que tomó el mando de las suyas, se las impuso por cuantos medios estuvieron á su alcance, logrando así dominar en todas partes, con un ejército que más valía por su buena organización que por su número; y entre sus hazañas se registra la de que en defensa de Grecia, hace veintidós siglos, batió á trescientos mil persas con sólo veinte mil hombres.

No me cansaré nunca de recomendar que la más severa disciplina se guarde siempre en toda tropa para que ella sea útil. Como al principio ex-

pongo, ésta no sólo consiste en la subordinación, que es su principal componente, sino que también requiere la instrucción y la moralidad.

La historia del pasado y los hechos del presente, nos demuestran hasta la evidencia que la disciplina es la base en la organización de un ejército; es la vida que se difunde en todos los hombres de que se compone, dándoles aliento para cumplir un mandato; y metodizando el movimiento, hace flexibles á las masas arrastrándolas á la victoria; las hace obedecer como por magnetismo una orden, que cual la electricidad se comunica y con sumisión se ejecuta.

---

## VI.

# VALOR.

---

El valor lo tiene aquel que estima su dignidad: por más que el instinto de conservación quiera apartarlo del peligro, el honor lo hace dominarse sobreponiéndose á todo. Más marcado aún es el valor del que ama la gloria: el amor á la gloria ha formado á los famosos guerreros. A más del valor de la dignidad, hay otro valor con que se nace, que está en el organismo del individuo. El hombre que reúna los dos valores y que tiene anhelo de distinguirse, fácilmente lo consigue.

Hay una distancia inmensa entre el valor activo y el pasivo: el primero es el del héroe que entusiasta lucha y vence ó muere; el segundo es el del mártir que inerme se sacrifica.

Todo hombre es susceptible de sentir el valor con más ó menos intensidad, y entre los soldados mexicanos es casi común esa virtud.

El espíritu grandioso que se dilata en el peligro, que se enaltece y lo domina, ese tiene el valor insigne del soldado, que viene de la grandeza del alma, de la dignidad, de la disciplina, y nace de ese impulso soberano que arrebatando los latidos de un ardiente corazón, lo exalta al heroísmo, sin recuerdos de la vida, sin temores á la muerte; porque presenta ante la imaginación el campo ilimitado de la gloria, que con su brillo espléndido hace desaparecer las mezquindades de la tierra.

Ese valor que brilla, que deslumbra en los héroes; ese entusiasmo inmortal que los alienta, es la ansiedad de lo infinito, es el alma que no cabe en el mundo, que vuela sobre el mar tempestuoso de la guerra, que se abalanza á la muerte y que se abisma por último en la gloria . . . .

Quién no comprende ese impulso soberano en Napoleón el Grande, cuando allá en remotas tierras, rodeado de pueblos enemigos, al mirar las antiguas pirámides de Egipto, exclama inspirado al frente de sus tropas: "Soldados, de lo más alto de esos monumentos, cuarenta siglos nos están mirando?" Aquel hombre no se contentaba con que el mundo admirara las proezas de su ejército y quería para espectadores de su grandeza á los tiempos eternos, como Dios.

Aníbal, esa águila guerrera, que vivió dos y medio siglos antes de nuestra era, que afrontó valerosamente la segunda guerra púnica, que destruyó á Sagunto, que voló osadamente sobre los Pirineos, el Ródano y los Alpes, sin que la naturaleza ni los hombres pudieran poner obstáculo á su marcha victoriosa, hasta enseñorearse de la Grecia Mayor; decía á sus tropas después de varios triunfos obtenidos por sus armas: “¿qué palabras pueden animaros, si tenéis palpitantes ante vuestros ojos los hechos que atestiguan vuestra grandeza?” Y al expresarse así, es que encontraba mezquino el lenguaje de los hombres cuando hablaba de la gloria de los héroes.

Después, abatido ese gran capitán por la desgracia, optó por arrancarse la vida antes que humillarse entregándose á sus enemigos.

Murió, pero vive aún en la memoria de los hombres, después de millares de años, para ser admiración de los que comprenden la grandeza de su valiente ánimo.

Guillermo el Conquistador, que nació en el siglo undécimo, al arribar á Inglaterra, donde tenía que combatir, se decidió á vencer ó morir en la demanda, é incendiando sus naves, dijo al ejército: “Este recurso es inútil ya, pues que no tenéis “el designio de huir y regresar á Francia: nuestro “único asilo es Londres; abrámonos camino ó perezcamos bajo nuestras banderas.”

Protesta sublime hecha contra la cobardía, y que con cuidado nos guardó la historia.

Algún genio guerrero ha dicho que hazañas mil que al primer golpe de vista parecían imposi-

bles, se llevaron á cabo por hombres resueltos que al parecer no tenían otro refugio que la muerte. Así Guillermo dominó á Inglaterra, y así han pasado numerosos hechos que sería largo citar.

Julio César, lleno de noble ambición, lloró en Cádiz, hace veinte siglos, al pie de la estatua de Alejandro el Grande, diciendo: “A mi edad él había conquistado el mundo y yo nada hago todavía;” mas germinando en su espíritu el amor de la gloria, pocos años después era el Señor de la tierra, habiéndose hecho inmortal en la guerra de las Galias, y otras muchas expediciones de conquista, con que ensanchó el romano imperio, deslumbrando al mundo con sus espléndidos triunfos, que recogió en doradas páginas la fama.

El valor es grande como la eternidad, y por eso para existir anhela la gloria despreciando la muerte. Séneca, el filósofo que tanto conoció la humanidad, decía que el que desprecia la propia vida, es dueño de la vida de los otros á quienes domina.

En la galería de los valientes héroes, hay mil cuadros gigantescos que deslumbran, hay mil sublimes ejemplos que admirar.

La cobardía, por otra parte, se nos presenta con su mezquindad, con su miseria de espíritu, desdorando la reputación, sumiéndola en la deshonra y en la infamia.

El cobarde jamás debe alistarse bajo las banderas del ejército, porque en ellas sólo le espera el oprobio y la vergüenza.

Concluyo este artículo con expresar que es un defecto hacer alarde del valor, que es un deli-

to emplearlo en cuestiones que degradan, pues su misión es sublime y criminal es infamar esa virtud, la más excelsa de las virtudes militares.

## VII.

### ABNEGACION.

No es sólo el valor lo que hace la grandeza del soldado; es necesaria también la abnegación en el sufrimiento.

El veterano que ha pasado por mil penalidades, que ha sabido llevarlas con resignación, sin sentir rebajada su disciplina; que ha sufrido las fatigas con entereza, es el ideal del soldado, es el tipo de la perfección militar; y si en un soldado se exige esto, el oficial jamás deberá mostrar la pequeñez de su espíritu haciéndose inferior á los sufrimientos: debe manifestar el temple de su alma sobreponiéndose á la desgracia.

De las tropas que saben dominar las fatigas y las penalidades, siempre se puede hacer uso; nunca se encuentran entorpecidas y superan todas las dificultades. No así otras, para las que es motivo de desaliento y de desorden cualquier contratiempo. Sin valor varonil en el cuerpo y empuñada el alma, se rinden al sufrimiento como

débiles mujeres, causando positivo desprecio en su afeminada impotencia.

El soldado aguerrido, nutrido en las dificultades y avezado á los riesgos, es merecedor de todas las consideraciones; impasible en la fortuna ó la desgracia, inspira cariño é impone respeto con su serena y digna majestad.

Es preciso tener siempre presente que en todas las profesiones se sufre; pero que el sufrimiento llevado con abnegación ennoblece, y en la carrera militar glorifica.

Quejarse cuando un mal no tiene remedio, sólo sirve para desmoralizar á los compañeros y no para encontrar algún alivio.

La victoria no es una obligación, y sólo el que nunca se bate está exceptuado de sufrir la derrota; pero sí es obligatorio no desmayar después de un desastre, conservar el mayor número de elementos, y reunirse al centro de acción para seguir los azares de la guerra. Abandonar las banderas en esas circunstancias, es acción de miserables y cobardes; es traicionar á la causa que se defiende, cuando más necesidad tiene de sus hombres.

Probado está que en la fatiga y el infortunio es donde mejor se conoce la grandeza de espíritu de un soldado.

Los diez mil griegos mandados por el célebre Jenefonte, y cuya famosa retirada se admira en el día, habiendo tenido lugar hace dos mil doscientos ochenta años, fué debida á la abnegación y disciplina de aquellos guerreros que careciendo de todo en el extranjero, arrollando mil obstáculos

los, atravezando mar y tierra, y peleando sin descanso, cruzaron sobre varios países enemigos, desde las orillas del Tigris hasta el Ponto Euxino, perdiendo sólo mil y tantos hombres en tan cruda y azarosa campaña. Si el espíritu de esos guerreros no hubiera estado templado en el fuego de la abnegación, de seguro habrían todos perecido vilmente á manos de las numerosas huestes contrarias que los combatieron, y no se hubiera ilustrado la historia militar con tan brillante página.

Pero ningún ejemplo de abnegación más digno de imitarse que el que nos ha dejado la conducta del Mariscal Ney en la retirada del Grande Ejército, de las heladas regiones de Rusia á fines de 1812 y principios del siguiente año.

De la más levantada cúspide á donde la gloria eleva, después de quince años de victorias asombrosas, aquel ejército cayó con horroroso estruendo al más profundo abismo de las desgracias; y desorganizado, perseguido, se retiraba de Rusia dolorosamente, dejando un rastro de sangre sobre las sábanas de nieve que aquel crudo invierno extendió prematuramente sobre la tierra.

Faltaba el orden y la disciplina en aquellos soldados; y en aquel caos de contrariedades, la retirada era tortuosa, dominando una fatal lentitud en las marchas por la confusión siempre creciente y la falta de medios de transporte, y porque á los hombres sin víveres les rendía la debilidad y la fatiga, les entumecía los miembros el penetrante frío, y á veces, congelándoles la sangre por completo, los dejaba sin vida, cadáveres entre el hielo. Donde había fuego se arrojaban á veces aquellos desdichados hasta tostarse las carnes, con una especie

de frenética locura. La brillante blancura de las nieves, siempre reverberando ante sus ojos enrojecidos por la falta de sueño, que sentían sin poder satisfacer, y la irritación del vivac, les arrancaba lágrimas de sangre, y era un bien para tantos seres infelices ser alcanzados por las hordas de cosacos que los perseguían; pues hallaban menos cruel y más pronta muerte en la moharra de las afiladas lanzas de los salvajes que rodeaban las reliquias del ejército francés, como aves carnívoras á cadáver insepulto.

Y quién, ¿quién fué tan grande, que dominando sobre la derrota y sobre ese cúmulo inmenso de desgracias, organizando pequeñas fracciones entre aquel espantoso desorden, sostenía contra bandas innumerables la retirada de tantos fugitivos? ¿quién, entre la muerte y la angustia general, alentaba vida y valor, y quién comunicaba con su ejemplo sobrehumano abnegación y fuerza á los pocos que lo seguían? El incomparable Mariscal Ney; aquel á quien la historia conserva el sobrenombre de valiente entre los valientes, aquel á quien se han erigido monumentos de gratitud y admiración, aquel que en la desgracia se mostró tan sublime, tan impertérrito, que en verdad, Napolón, que es el asombro de la época, se ve en esas circunstancias menos grande junto á él.

Cuarenta días y cuarenta noches, entre el hielo y el enemigo, zumbando el aire de la muerte sobre su cabeza, sobreponiéndose á las fatigas y á los sufrimientos, con cien soldados ahora y con diez mañana, llevando en la mano el fusil, Ney defendió paso á paso los restos desgarrados del ejército grande.

A él da la historia los honores de esa retirada, donde como única estrella en tempestuoso cielo, brilla su inmortal abnegación.

El General Conde de Segur, testigo ocular de los acontecimientos, al tratar de los sucesos de Rusia, dice, refiriéndose á este Mariscal: “. . . . . peleando siempre, retrocediendo tras todos los demás, pero no huyendo; sosteniendo hasta el último momento la gloria de las armas francesas; y por la centésima vez, después de cuarenta días, exponiendo su vida y su libertad para salvar á un francés más, salió al fin de aquella fatal Rusia, mostrando al orbe la ineficacia de la fortuna contra los grandes valores, y que para los héroes, todo, sin exceptuar los mayores desastres, se convierte en gloria.”

En esa retirada tristísima, en que la prostración más grande dominó al ejército, en que todo fué ruina y desorden, sólo los veteranos de la guardia vieja se mostraron á la altura de sus glorias militares, soportando con heroica abnegación males sin cuento; y debido á esto sufrieron menos que las demás tropas desbandadas que no era posible atender, y llegaron las reliquias á Francia en formación, con sus armas, y saludando con su bandera inmaculada el sol querido de la Patria.

Yo los contemplo más grandes en la desgracia que en la victoria. Su sublime magestad me impone: desnudos y descalzos, fatigados y hambrientos, obedientes á la disciplina y dando frente al enemigo á la voz de mando, con la conciencia del sacrificio de la vida; siendo casi los únicos entre el desorden y el terror general; resistiendo impávidos

la tempestad de tantos desastres, como una encina que sacude el huracán y hiere el rayo, marchando resignados y valientes, destacándose en ese sombrío cuadro de sangre y desolación, me parecen genios fabulosos que ni el poder del cielo humilla. Y dominadores, empeñados en los difíciles triunfos de Marengo, Austerlitz y tantos otros, sólo los admiro como valientes.

¡Cuánto honra, cuánto ennoblece y glorifica, y cuán grandiosa magestad ostenta la abnegación heroica del soldado!

El sabio Conde de Segur, padre del General que del mismo nombre he citado, expresa en una de sus máximas, que *la adversidad abate á los débiles; pero que siempre engrandece á los fuertes.*

---

## VIII.

### HONOR.

---

“La gloria y el honor de las armas es el primer deber que ha de tener siempre á la vista un soldado.” Palabras son estas del primer Capitán del siglo.

El honor es el principio de toda virtud y el cimiento de las cualidades militares; en nuestra profesión, es la dignidad misma, pero abrazando todo lo sublime, llevado hasta un grado heroico.

Siendo, como otra vez he dicho, la profesión militar una carrera de honor, no puede concebirse al soldado sin honra, porque en un espíritu deshonrado que se arrastra en la degradación, no puede existir el amor á la gloria que nace de muy elevados sentimientos; no puede existir la abnegación, que requiere un fondo de grandeza; no puede existir la verdadera disciplina y moralidad, que exigen una conducta limpia; y en el antro oscuro de ese espíritu, sí pueden albergarse mil odiosas pasiones, mil bajezas asquerosas. El hombre sin honor es un reptil inmundo en cuyo seno puede abrigarse la cobardía, porque importándole poco su reputación, prefiere huir á sacrificarse: es susceptible de la inmoralidad, porque siéndole indiferente la estimación de los demás, le es más grato satisfacer sus pasiones infamantes, que portarse con decencia; es susceptible de la insubordinación y de toda falta, porque incapaz de comprender la nobleza de un deber, cuando su cumplimiento le mortifica, se subleva contra él, buscando la comodidad; es capaz de la traición, porque no comprendiendo el honor, busca la conveniencia y se vende, aunque mancille su nombre eternamente. ¿Y qué delito más horrible puede caber en un soldado que el de la traición?

Al tocar este punto el General Benavides, en su obra titulada "El Generalato," se expresa en los términos siguientes: ". . . el traidor vende su conciencia y su honra, su cuerpo y su alma; el traidor reniega de su propia madre y de sus bienhechores; no tiene amor, ni religión, ni patria; en una palabra, sólo posee su degradación, sacrificándolo todo fría y ferozmente á su interés personal. Por esto es, que á pesar del transcurso de los

"tiempos, las penas sufridas, los servicios pasados y el indulto, la mancha de traición siempre permanece tan viva como espantosa."

No, absolutamente no puede concebirse al soldado sin honor: es una mancha hedionda, es una llaga gangrenosa en el ejército.

Y el honor tan brillante, tan puro, debe guardarse siempre inmaculado. Sacrificar la vida es mejor que dejar manchar la honra: el que no sienta así, que no abrace la carrera de las armas, que no emponzoñe con su aliento inmundo una profesión toda dignidad.

Sin honor, no hay héroes; sin honor, la historia no nos presentaría esa apoteosis fascinadora de lo bello y lo glorioso que siempre será la admiración del mundo; esa pléyade fantástica de guerreros que pueblan el inmenso y deslumbrante espacio de la gloria. Sin honor, Leónidas no se hubiera sacrificado por su patria, porque sin honor no puede existir el amor á la tierra en que se nace, y hubiera preferido, con la deshonra, el imperio de Grecia que Jerges le ofrecía por su traición.

Una alma deshonrada en su baja, burla los más sagrados sentimientos; ingrata é infame, cobarde y traidora, es un baldón para la humanidad.

El honor es la religión del soldado, es el que lo engrandece, es el que lo sublima.

Pero no se crea que el honor consiste en una susceptibilidad irascible que arrebatara á constantes y ridículas riñas, en que una elevada dignidad se resiente. El hombre de honor no juega nunca con él, y la mejor manera de manifestarlo es evitar que se lo ultrajen, poniéndolo á cubierto de la mancilla